

El Camino

*Lo que significa ser
un discípulo de Jesús*

Por Andy Sochor

Traducido por
Josué I. Hernández

El Camino

Lo que significa ser un discípulo de Jesús

Por Andy Sochor

Traducido por Josué I. Hernández

Tabla de contenidos

El Camino	5
1. Jesús es El Camino	8
2. Aprendiendo sobre el Camino	16
3. Pertenecer al Camino	23
4. Problemas en el Camino	31
¿Perteneces al Camino?	40

*“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la
verdad, y la vida; nadie viene al
Padre, sino por mí” (Juan 14:6).*

El Camino

Al decidir qué dirección tomar en la vida, muchas personas eligen “seguir su corazón”. Lo que *parezca* bueno, o *aparente* proporcionar alguna satisfacción, será el curso que sigan. Esto lo podrían estar haciendo con motivos sinceros y pensando que es lo más sabio, pero a fin de cuentas este camino no proporcionará la satisfacción que se anhela.

Determinar el curso que tomaremos en la vida siguiendo nuestro corazón es peligroso. El Señor dijo: “*Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?*” (Jeremías 17:9). ¿Cuántas veces la gente que *siguió su corazón* terminó arruinando su vida, tomando decisiones perniciosas para ellos mismos y los demás?

El profeta Jeremías reconoció: “*Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos*” (Jeremías 10:23). Seguir el curso que decidamos es “*vanidad y aflicción de espíritu*” (Eclesiastés 2:17). Cuando las personas viven de esta manera, solo hallan insatisfacción y frustración. Esta es la razón por la cual Salomón escribió: “*Aborrecí, por tanto, la vida, porque la obra que se hace debajo del sol me era fastidiosa; por cuanto todo es*

vanidad y aflicción de espíritu. Asimismo aborrecí todo mi trabajo que había hecho debajo del sol...” (Eclesiastés 2:17-18).

Si nuestro corazón es engañoso, y no somos señores de nuestro camino, ¿cómo podremos determinar el camino que debemos seguir en la vida?

Hubo un grupo que comenzó su existencia en Jerusalén, en el primer siglo, al que se hace referencia como *los del Camino* (Hechos 9:2). Eran seguidores de Jesús que se declaraba a sí mismo como “*EL CAMINO*” (Juan 14:6). ¿Podrá “*el Camino*” – este camino – ser aquello que la gente ha pasado su vida buscando? ¡Sí!

El sabio escribió de Dios: “*Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin*” (Eclesiastés 3:11). En otras palabras, el intenso anhelo dentro de cada uno de nosotros indica que hay algo *más* – algún propósito que es más grande que las cosas que percibimos a nuestro alrededor. Sin embargo, tener este “anhelo” en nuestro corazón no significa que tengamos el conocimiento para comprender por nosotros mismos lo que esto podría ser. Recordemos lo que dijo Jeremías: “*el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos*” (Jeremías 10:23).

Pablo habló de esto cuando se dirigió a los filósofos en la Colina de Marte, en Atenas. Considerando un altar dedicado “*AL DIOS NO CONOCIDO*” (Hechos 17:23), les dijo acerca del Dios del cielo: “*Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos*

de cada uno de nosotros” (Hechos 17:26-27). Estamos aquí para buscar a Dios. Podemos encontrarlo, pero solo si seguimos “*el Camino*”.

En esta serie de lecciones, vamos a estudiar acerca de “*el Camino*” – qué es, y por qué es, el camino que debemos seguir.

Capítulo 1

Jesús es El Camino

*“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida;
nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).*

Al comenzar esta serie de lecciones, debemos comenzar con el originador, autor y líder de “*el Camino*” – Jesucristo.

¿Quién es Jesús?

Las personas suelen tener diferentes ideas acerca de Jesús. Algunos creen que Él es un mito, ya sea que no existió o que hubo leyendas sobre Él que se desarrollaron más tarde, pero que no estaban basadas en los hechos. Otros creen que fue un hombre sabio con un valioso mensaje que impartió en su tiempo. Algunos lo ven como un profeta, pero nada más (así es como se le considera en el Islam). Probablemente se podrían agregar a la lista otras teorías sobre Jesús, pero estas son las más comunes.

En el primer siglo, durante el tiempo en que Jesús vivió en la tierra, también existían muchas ideas diferentes acerca de Él.

- Algunos creían que Jesús era un hombre bueno mientras que otros dijeron que era *un engañador* (Juan 7:12).
- Los líderes judíos estaban asombrados de su entendimiento y doctrina, porque él era *uno que no había estudiado* en algún centro rabínico (Juan 7:15).
- Algunos pensaron que él *estaba endemoniado* (Juan 7:20).
- Otros, pensaban que Jesús *no podía ser el Cristo* porque, supuestamente, nadie sabría de dónde vendría el Mesías (Juan 7:27).
- Algunos pensaban que Jesús era *el profeta* que sucedería a Moisés (Juan 7:40; Deuteronomio 18:15).
- Algunos, pensaban que *Jesús era el Cristo*, mientras que otros pensaban que *no podía serlo* ya que Jesús era de Galilea y no de Belén (Juan 7:41-42). [Por supuesto, Jesús nació en Belén (Mateo 2:1) como cumplimiento de la profecía (Mateo 2:5-6; cf. Miqueas 5:2); sin embargo, estas personas no estaban conscientes de este hecho].
- Cuando Jesús preguntó a sus discípulos qué decía la gente acerca de quién era él, le dijeron: “*Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas*” (Mateo 16:14).

Sin embargo, con todas las diferentes ideas que la gente tenía entonces, y las ideas que la gente tiene ahora, acerca de Jesús, la pregunta importante era la que Jesús le hizo a Pedro: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mateo 16:15).

Pedro respondió correctamente a esta pregunta: “*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*” (Mateo 16:16). En respuesta a esto, Jesús le

dijo: “*Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos*” (Mateo 16:17). El hecho de que esto le había sido revelado por el Padre celestial significaba que la identidad de Jesús es una materia de divina revelación, no de opinión o parecer.

Hoy debemos responder a esta misma pregunta: “*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*” Esta no es una pregunta intrascendente que pueda ser ignorada o postergada. Debemos responder esta pregunta. La razón de este deber irrenunciable es que, si Jesús es quien se describe en el Nuevo Testamento, entonces nosotros debemos obedecerle ya que se le ha dado “*Toda potestad... en el cielo y en la tierra*” (Mateo 28:18). Solo aquellos que “*creen en su nombre*” reciben la “*potestad de ser hechos hijos de Dios*” (Juan 1:12). Aquellos que no reconocen el señorío de Jesucristo no tienen derecho a convertirse en hijos de Dios.

Para que podamos creer quién es Jesús, debemos observar las pruebas. Jesús mencionó a los testigos de Él: Juan el Bautista, las obras que Jesús realizó, el Padre y las Escrituras (del Antiguo Testamento):

“Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él dio testimonio de la verdad. Pero yo no recibo testimonio de hombre alguno; mas digo esto, para que vosotros seáis salvos. Él era antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz. Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado. También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su

voz, ni habéis visto su aspecto, ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis. Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:33-39).

Además, la resurrección de Jesús de entre los muertos es otra prueba para considerar. Pablo dijo que Jesús *“fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”* (Romanos 1:4). La resurrección de Cristo explicaría el cambio drástico que tuvo lugar en los apóstoles: pasaron de un estado de miedo, antes de ver al Señor resucitado (Juan 20:19), a un estado de disposición a sufrir por el Señor, después de verlo resucitado (Hechos 4:18-21; 5:28-29, 40-42). Esto explicaría cómo se extendió el evangelio frente a tan severa persecución (Hechos 8:2-4; Colosenses 1:23). Los cristianos proclamaron que Jesús había resucitado, aunque, en muchos casos, se enfrentaban a la muerte, porque habían visto o conocían a los testigos que vieron a Jesús vivo después de su muerte. Hubo cientos de testigos que vieron al Señor resucitado (1 Corintios 15:4-8). Todo esto es evidencia de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.

¿Por qué debemos seguir a Jesús?

Una vez que comprendemos quién es Jesús, el Hijo de Dios que posee toda la autoridad, el siguiente asunto a examinar son las razones por las que debemos seguirlo. Hay algunas razones que debemos considerar.

Primero, Dios dijo que debemos escucharlo. Cuando Jesús se transfiguró en el monte delante de Pedro, Santiago y Juan, el Padre dijo: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd”*

(Mateo 17:5). El mandamiento de oír a Jesús no era solo para esos tres hombres, ni siquiera para los apóstoles exclusivamente; es un mandamiento para todos. Como ya hemos notado, a Jesús se le ha dado *“Toda potestad... en el cielo y en la tierra”* (Mateo 28:18). Esta es la base para la comisión dada por el Señor a Sus apóstoles: *“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”* (Mateo 28:19-20). Puesto que Jesús tiene el derecho de mandarnos, se espera que hagamos lo que él nos ha instruido.

En segundo lugar, Jesús es el ejemplo perfecto. Pedro señaló lo siguiente: *“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca”* (1 Pedro 2:21-22). Jesús no nos ha instruido hipócritamente para que hagamos lo que él no hizo. Jesús obedeció la voluntad del Padre hasta la muerte (Filipenses 2:8; Hebreos 5:8), por lo tanto, se espera que obedezcamos su voluntad. Al venir a la tierra, él demostró que es capaz de *“compadecerse de nuestras debilidades”*, habiendo sido *“tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”* (Hebreos 4:15). En todos los sentidos, podemos, y debemos, seguir a Jesús.

Tercero, Jesús estaba dispuesto a dar su vida por nosotros. Jesús dijo: *“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas”* (Juan 10:11). Lo que es especialmente significativo acerca de su disposición a morir por nosotros es que lo hizo cuando la humanidad no merecía en absoluto su amor sacrificial. Pablo escribió: *“Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos... Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”* (Romanos 5:6,8). No había nada que el hombre pudiera hacer para lograr la

salvación de sus pecados. No había ninguna razón por la que debíamos ser dignos de la misericordia del Señor. Sin embargo, Jesús murió para abrir el camino de la salvación para todos.

Cuarto, Jesús es la luz que nos muestra el camino. Varias veces en el Evangelio de Juan, se hizo referencia a Jesús como la luz. “*En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*” (Juan 1:4). “*Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo*” (Juan 1:9). “*Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*” (Juan 8:12). La luz muestra un camino que de otro modo habría estado oculto por la oscuridad, esta es la razón por la cual Jesús reiteraba esta ilustración. Sin que el Señor *alumbre* (Juan 1:9; cf. Mateo 4:16), estaríamos irremediablemente perdidos. Recuerde lo que el profeta Jeremías escribió: “*el hombre no es señor de su camino*” (Jeremías 10:23). Podemos escapar de las tinieblas, pero solo siguiendo a Jesús. Él dijo: “*Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas*” (Juan 12:46).

Finalmente, no hay salvación en nadie más que en Jesucristo. Después de ser arrestado por primera vez, Pedro explicó a los líderes judíos que lo habían arrestado por qué él predicaba a Jesús: “*Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos*” (Hechos 4:12). La salvación se encuentra *en ninguna parte* sino en Jesús.

¿A dónde nos lleva Jesús?

Un camino denota que vamos en una determinada dirección, hacia algún destino. Si Jesús es “*EL CAMINO*” (Juan 14:6), es razonable que nos preguntemos a qué destino nos está llevando Él.

Primero, Jesús nos está guiando al Padre. Cuando Jesús dijo: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”,* él explicó *la dirección* a la cual él quiere llevarnos: *“nadie viene al Padre, sino por mí”* (Juan 14:6). Jesús no está diciendo que podemos llegar al Padre a través de él en un sentido figurado; más bien, habló del ingreso en la casa del Padre: *“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”* (Juan 14:2-3). El lugar al que Jesús se refirió es *el cielo* mismo, donde todos los problemas de la vida habrán terminado. Con respecto a este lugar, Juan escribió: *“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”* (Apocalipsis 21:4).

Segundo, Jesús nos está guiando a la vida eterna. Después de describirse a sí mismo como *“el buen pastor”* (Juan 10:11), Jesús dijo: *“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”* (Juan 10:27-28). Si escuchamos a Cristo y lo seguimos, podemos esperar la vida eterna. Pedro reconoció que Jesús habló *“palabras de vida eterna”* (Juan 6:68), por lo que debemos seguir su guía, oyendo sus palabras, para llegar a ese destino anhelado.

Tercero, Jesús nos está guiando a donde él está. Nunca está de más recordarlo: Jesús está a la diestra del Padre (Hebreos 1:3; 12:2) y vive para siempre (Hebreos 7:24-25). Sin embargo, el punto que debemos recordar es que, dado que Jesús ya está allí, tenemos verdadera esperanza. Hablando de esta esperanza el escritor a los hebreos escribió: *“La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor”* (Hebreos 6:19-20). Esta esperanza es más

que ilusiones, es “*segura y firme ancla del alma*” (Hebreos 6:19). Por lo tanto, podemos tener “*confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo*” (1 Juan 4:17). Así como Jesús venció al mundo y regresó al cielo, nosotros también podemos vencer al mundo y alcanzar ese hogar eterno.

Conclusión

No podemos darnos el lujo de ir por la vida simplemente siguiendo nuestro corazón. En su lugar, debemos poner nuestros “*corazones... en buscar a Jehová*” para seguir al Señor (2 Crónicas 22:19). Jesús es *EL CAMINO* (Juan 14:6). Debemos seguirlo para tener esperanza de vida eterna.

Capítulo 2

Aprendiendo sobre El Camino

“Entonces Félix, oídas estas cosas, estando bien informado de este Camino, les aplazó, diciendo: Cuando descendiere el tribuno Lisias, acabaré de conocer de vuestro asunto” (Hechos 24:22).

Cuando Pablo se presentó ante los gobernantes para ser juzgado, algunos no sabían nada del trasfondo de sus enseñanzas. Sin embargo, Félix conocía *“con mayor exactitud acerca del Camino”* (LBLA), y debido a esto, él estaba en una mejor posición para creer el evangelio. Hasta donde sabemos, Félix nunca obedeció el evangelio (cf. Hechos 24:24-27), aunque comenzó en una mejor posición que muchos otros que lo oyeron por primera vez.

Para ser bendecidos por *“el Camino”* debemos conocerlo. Lo que la gente del primer siglo tenía que saber sobre *“este Camino”* (Hech. 24:22) es lo mismo que necesitamos saber nosotros. Como notamos en la lección anterior, Jesús es *“EL CAMINO”* (Juan 14:6), y él no

cambia: *“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”* (Hebreos 13:8). Por lo tanto *“el Camino”* no ha cambiado.

Aquel *“Camino”* que se describe en el Nuevo Testamento, es el mismo *“Camino”* que debemos seguir. Cada cual debe procurar estar *“bien informado de este Camino”* (Hechos 24:22). Por lo tanto, veamos qué dicen las sagradas Escrituras sobre *“el Camino”*.

El camino es angosto

Jesús contrastó dos *“caminos”* por los que podríamos ir, un camino ancho y un camino angosto: *“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”* (Mateo 7:13-14). Solo dos opciones, y dos destinos muy diferentes. Sin embargo, podemos *elegir*.

Si queremos andar por el camino *“que lleva a la vida”* debemos seguir el camino *“angosto”* (Mateo 7:14). Pero, ¿qué quiso decir Jesús cuando declaró: *“angosto el camino”*? Primero, indicó que habría presiones y estrecheces diversas, *“un camino muy angosto”* (TLA). Discutiremos esta idea más a fondo en la cuarta lección.

En segundo lugar, al decir que el camino es *“angosto”* Jesús estaba explicando la razón por la cual *“pocos”* lo hallarían para transitar por él (Mateo 7:14). A pesar de que el camino que conduce a la vida está abierto a todos, no todos elegirán seguir este camino. Jesús le habló a Nicodemo del amor universal de Dios y de la salvación que estaba disponible como resultado: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Juan 3:16). Pablo le dijo a

Tito: *“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres”* (Tito 2:11). Sin embargo, a pesar de que Dios *ama a todo el mundo* (Juan 3:16) y ha traído *salvación para todos los hombres* (Tito 2:11), Jesús dejó claro que *la mayoría de las personas* no serán salvas. ¿Por qué? El camino es angosto y por eso eligen no seguir ese camino.

El Camino de la Verdad

Al advertir acerca de los falsos maestros, Pedro dijo: *“por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado”* (2 Pedro 2:2). Necesitamos reconocer que la verdad, especialmente la verdad que ha venido del cielo, no es un concepto vago. El *“camino de la verdad”* es un camino que puede ser identificado, incluso por aquellos que hablarían mal de él.

Pilato preguntó a Jesús: *“¿Qué es la verdad?”* (Juan 18:38). La verdad se encuentra en el mensaje de Cristo. Jesús le había dicho a Pilato: *“Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”* (Juan 18:37). Como ya hemos notado en nuestro estudio, Jesús dijo a sus discípulos: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”* (Juan 14:6).

Esta verdad ha sido revelada *“por el Espíritu... no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu”* (1 Corintios 2:10-16). Cuando Jesús oró al Padre, dijo: *“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad”* (Juan 17:17). El salmista hizo el mismo punto: *“La suma de tu palabra es verdad”* (Salmo 119:160). El *“camino de la verdad”* se encuentra en la *“palabra verdadera del evangelio”* (cf. Colosenses 1:5; cf. 2 Timoteo 2:15) que ha sido revelado en las Escrituras.

Es interesante notar cómo Pedro contrastó “*el camino de la verdad*” con las “*palabras fingidas*” (2 Pedro 2:2-3). Esto nos enseña que la verdad es objetiva. No podemos determinar la verdad por nosotros mismos, siguiendo nuestro corazón, esperando al mismo tiempo agradar a Dios. Como dijo el salmista “*Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos*” (Salmos 119:89). Por lo tanto, la palabra de Dios no va a cambiar por mucho que cambie nuestra sociedad. Si queremos seguir el camino de la verdad, debemos hacerlo siguiendo las Escrituras.

El camino de la justicia

Después de hablar del “*camino de la verdad*”, Pedro habló del camino de la justicia: “*Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado*” (2 Pedro 2:21). Como podemos observar, a este “*camino de la justicia*”, Pedro también lo llamó: “*el santo mandamiento*”. En otras palabras, el “*camino de la justicia*” es una referencia a las reglas que Dios nos ha dado.

Esto está relacionado con los dos primeros puntos: El camino es *angosto* porque está fundamentado en la *verdad*. Hay una diferencia entre el bien y el mal, y no tenemos la capacidad para *determinar* cuál es cuál. El Señor condenó a los que “*a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo*” (Isaías 5:20). El hecho de que podamos llamar a algo “el buen camino” no lo hace “el camino angosto” que está fundado en la verdad.

El “*camino de la justicia*” se encuentra en la palabra de Dios. Pablo lo dejó claro en sus escritos. Les dijo a los santos en Roma: “*Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para*

salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá” (Romanos 1:16-17). Cuando escribió a Timoteo, le dijo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17). Tenemos que ir a las sagradas Escrituras para saber lo que es correcto.

Sin embargo, no basta con saber que “*el camino de la justicia*” se encuentra en la palabra de Dios, también nosotros debemos *practicar* eso. Juan escribió: “*Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo*” (1 Juan 3:7). Debemos hacer algo más que afirmar que valoramos lo que es correcto; debemos hacer aquellas obras para las que las Escrituras nos han equipado (2 Timoteo 3:17).

Pedro advirtió que es posible que nos alejemos del “*camino de la justicia*” siguiendo a los falsos maestros: “*Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno*” (2 Pedro 2:20-22). Claramente, es posible apartarse y perderse (cf. 2 Corintios 6:1; Gálatas 5:4; Hebreos 3:12-13; 10:35-39). Por lo tanto, debemos continuar en este buen camino siguiendo lo que es correcto.

El camino de la salvación

En Filipos, una esclava que había sido poseída por un espíritu dijo que Pablo proclamaba “*el camino de salvación*” (Hechos 16:17). A pesar de que la fuente de este testimonio era cuestionable (una mujer poseída por un demonio), la declaración era precisa. Mientras estaban en Antioquía de Pisidia en su primera gira de predicación, Pablo y Bernabé dijeron: “*Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra*” (Hechos 13:47). Su misión era predicar la salvación en Cristo, y hasta el espíritu que poseía a la esclava en Filipos lo reconoció.

Cuando pensamos en el “*camino de salvación*”, hay un par de formas diferentes de abordarlo. Primero, tenemos *la salvación de algo*. Para todos los que tienen una edad responsable, el pecado es un problema. Pablo escribió: “*por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios*” (Romanos 3:23). Más tarde, en la misma carta, escribió: “*Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*” (Romanos 6:23). La “*muerte*” que viene como un castigo por el pecado es *muerte espiritual y separación eterna de Dios* (Romanos 5:12; Efesios 2:1-3; 2 Tesalonicenses 1:8-9). Este es el destino que todos merecemos. El “*camino de salvación*” nos permite escapar de este destino.

Segundo, tenemos *la salvación para algo*. Hemos sido salvados para que podamos hacer la voluntad del Señor. Pablo explicó esto a los Efesios: “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe*” (Efesios 2:8-9). Si bien somos salvos por gracia (favor inmerecido), el Señor claramente espera que seamos obedientes a él y que hagamos aquellas “*buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que*

anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10). Pablo le dijo a Tito que el pueblo de Dios debe ser “*celoso de buenas obras*” (Tito 2:14).

El Señor nos redimió para que hiciéramos Su voluntad y para que pudiéramos estar con Él por la eternidad. Pedro escribió acerca de esto en su primera carta: “*Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero*” (1 Pedro 1:3-5). Esta esperanza está al alcance de todos los fieles, incluso si murieron esperando a Cristo Jesús (1 Tesalonicenses 4:14).

Conclusión

Como notamos en la lección anterior, Jesús es “*EL CAMINO*” (Juan 14:6). Pero, ¿por qué lo seguía la gente del primer siglo? ¿Por qué debemos seguirlo hoy? Es porque *él nos guía por el camino de la verdad, la justicia y la salvación*.

Por supuesto, tenemos que recordar que “*pocos*” seguirán “*el camino que lleva a la vida*” (Mateo 7:14). Por lo tanto, determinemos ser de aquellos “*pocos*” y sigamos el camino “*angosto*” sin importar lo que nos sobrevenga.

Capítulo 3

Pertenecer al Camino

“Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén” (Hechos 9:1-2).

La persecución contra la iglesia comenzó con la muerte de Esteban (Hechos 8:1). Saulo continuó esta persecución con el plan de ir a Damasco, arrestar a los discípulos, y llevarlos a Jerusalén. Los que fueron objeto de esta persecución fueron los *pertenecientes al Camino* (Hechos 9:2). Discutiremos la idea de la persecución en la próxima lección.

Sin embargo, antes de que estos individuos fueran perseguidos, eran integrantes de *“el Camino”*. En esta lección, observaremos lo que las Escrituras enseñan acerca de *pertenecer al Camino* – cómo llegar a ser parte de este grupo, y cómo permanecer en él.

Convertirse en un discípulo

El camino estaba compuesto por los discípulos de Jesús, aquel que se identificó como “*EL CAMINO*” (Hechos 9:2; cf. Juan 14:6). Esta es la esencia del discipulado: ser un seguidor de Jesús. La palabra griega para “discípulo” significa “un aprendiz, un alumno” (Thayer). Los apóstoles fueron comisionados por el Señor para hacer discípulos (Mateo 28:19).

¿Cómo se llega a ser discípulo? Para responder a esta pregunta, podemos echar un vistazo a las instrucciones que el Señor Jesucristo y sus apóstoles dictaron a los que serían seguidores del Señor. Mirando al Nuevo Testamento, podemos ver que para convertirse en un discípulo, un individuo debe:

- **Oír el evangelio:** *“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”* (Marcos 16:15). El evangelio debe ser predicado porque la gente necesita oírlo para poder responder a él. Jesús dijo: *“El que tiene oídos para oír, oiga”* (Lucas 8:8).
- **Creer que Jesús es el Cristo:** *“El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”* (Marcos 16:16). No solo la creencia es necesaria para la salvación, sino que Jesús dijo específicamente que aquellos que no creen en él se perderán: *“Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis”* (Juan 8:24). Cuando Jesús dijo que él es “YO SOY”, indicó el nombre con el que Dios se llamó a sí mismo cuando le habló a Moisés desde la zarza (Éxodo 3:14). En otras palabras, no es suficiente simplemente creer en la existencia de Jesús; debemos creer

que Él es divino, que él es Dios (cf. Romanos 9:5; Colosenses 2:9).

- **Arrepentirse del pecado:** “*si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente*” (Lucas 13:3, 5). La creencia de que debemos tener (punto anterior) debe llevarnos a la acción. El arrepentimiento significa dejar el pecado y comenzar a servir al Señor. Jesús dijo en otro lugar: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*” (Lucas 9:23). Cuando tomamos la decisión de seguir al Señor, estamos haciendo el compromiso de servirle a él *diariamente*, cada día de nuestra vida.
- **Confesar la fe en Cristo:** “*que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación*” (Romanos 10:9-10). Esta es la afirmación verbal de nuestra fe: “*Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios*” (Hechos 8:37). Debemos hacer más que reconocer mentalmente el señorío de Cristo. Además del arrepentimiento, también debemos estar dispuestos a hacer “*la buena confesión, delante de muchos testigos*” (1 Timoteo 6:12, VM).
- **Ser bautizado en Cristo:** “*El que creyere y fuere bautizado será salvo*” (Marcos 16:16). “*Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*” (Mateo 28:19). Muchos se oponen a este punto y argumentan que el bautismo no es necesario para ser salvo, o para convertirse en un discípulo de Jesús. Pero, Jesús dijo que el bautismo es tan necesario para la salvación como la fe (Marcos 16:16) y esencial para ser sus discípulos (Mateo 28:19). El que rechaza esto, no creyéndolo, “*será condenado*” (Marcos 16:16). Pablo describió el bautismo como el acto en el que nos vestimos

de Cristo: “*porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos*” (Gálatas 3:27).

Cuando nos convertimos en discípulos, llegamos a *pertenecer a Cristo*. Pedro explicó esto en su primera epístola: “*Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios... vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios...*” (1 Pedro 2:9-10). Como *pueblo de Dios* debemos ser un pueblo “*celoso de buenas obras*” (Tito 2:14), sirviéndole y haciendo lo que a él le agrada.

Seguir la dirección correcta

Pertenecer a *el Camino* (Hechos 9:2) sugiere que estamos avanzando en un trayecto. Discutimos las características de este camino en la lección anterior:

- Es “*el camino angosto*” (Mateo 7:14).
- Es “*el camino de la verdad*” (2 Pedro 2:2).
- Es “*el camino de la justicia*” (2 Pedro 2:21).

El convertirse en un discípulo de Cristo no es suficiente. El discipulado no es una “insignia de mérito” que ganamos en un momento y luego pasamos a otras cosas. El discipulado es una forma de vida que implica *seguir el ejemplo y la doctrina del Señor*.

Al hacer discípulos, los apóstoles debían enseñarles a obedecer los mandamientos del Señor: “*id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado*” (Mateo 28:19-20). Por lo tanto, debemos acudir a la

palabra de Cristo para obtener las instrucciones que debemos seguir en cada área de nuestras vidas.

- **En el hogar:** *“Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten”* (Colosenses 3:18-21). Cualquiera que sea el lugar que tengamos en la familia, debemos cumplir con las responsabilidades que ha establecido el Señor.
- **En el lugar de trabajo:** *“Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas. Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos”* (Colosenses 3:22-4:1). Aunque estas instrucciones describen la relación amo-esclavo, que no tenemos en nuestra sociedad, podemos aplicar los mismos principios. Ya sea que seamos un jefe o un subordinado, se espera que actuemos de acuerdo con los preceptos del Señor.
- **En la comunidad:** *“Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno”* (Colosenses 4:5-6). Jesús dijo: *“Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está*

en los cielos” (Mateo 5:16). Debemos comportarnos ante los demás para que puedan ver que *“Cristo vive en [nosotros]”* (Gálatas 2:20).

- **En la iglesia:** *“Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”* (Hechos 20:28). *“porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo”* (Efesios 5:23-24). La iglesia pertenece a Cristo; por lo tanto, debemos hacer todas las cosas de acuerdo con el modelo que él ha revelado en su palabra (cf. 2 Timoteo 1:13; Hebreos 8:5).
- **En la asamblea:** *“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”* (Juan 4:24). No podemos adorar de la manera que más nos agrada y esperar así agradar a Dios. Debemos adorar con la actitud apropiada (*“en espíritu”*), siguiendo sus instrucciones con respecto a lo que él quiere que hagamos en nuestras reuniones (*“en verdad”*).

Pablo escribió: *“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”* (Colosenses 3:17). Todo lo que hacemos debe ser hecho en el nombre del Señor. Esto no significa que simplemente pretendamos hacer cosas para el Señor. Significa que actuamos bajo su autoridad. Jesús dijo: *“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”* (Mateo 7:22-23). Piénselo detenidamente. Ellos eran muy activos,

mientras pretendían hacer mucho *para el Señor*. Sin embargo, se dedicaban a la anarquía, actuando sin la autorización que Dios da en su palabra. Como discípulos, debemos ir a las sagradas Escrituras para encontrar lo que debemos hacer.

Continuando en el camino

Cuando nos convertimos en discípulos, no firmamos un contrato con fecha de caducidad. Jesús dijo: *“Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios”* (Lucas 9:62). Más tarde, al hablar del discipulado, Jesús dijo: *“Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar”* (Lucas 14:28-30). Si bien es bueno *empezar* en el camino correcto, todo será en vano si no persistimos hasta el final.

No importa lo que suceda en esta vida, debemos permanecer fieles al Señor. A los cristianos de Esmirna se les dijo: *“Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”* (Apocalipsis 2:10).

Es posible que un discípulo pierda su salvación. Muchas personas religiosas creen en el concepto de “una vez salvo, siempre salvo”; sin embargo, la Biblia dice que un cristiano puede caer *“de la gracia”* (Gálatas 5:4). Esta es la razón por la que Pablo amonestó a los corintios a no recibir *“en vano la gracia de Dios”* (2 Corintios 6:1). Habían recibido el don de la gracia, cuando obedecieron al evangelio, sin embargo, podían comportarse de tal manera que desearan este precioso don. Incluso el mismo Pablo sabía que si no permanecía fiel se perdería: *“sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no*

sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9:27). No debemos ser “*de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma*” (Hebreos 10:39).

Pablo dijo a los Filipenses: “*No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús*” (Filipenses 3:12-14). De la misma manera, debemos *perseguir a la meta*.

Conclusión

“*El Camino*” conduce a la salvación, pero debemos pertenecer a este “*Camino*” con el fin de ser salvos. Debemos escuchar el evangelio, creer que Jesús es el Hijo de Dios, arrepentirnos de nuestros pecados, confesar nuestra fe, y luego, ser bautizados en Cristo. Una vez que estemos en “*el Camino*”, debemos perseverar fieles para alcanzar la recompensa la cual este camino nos lleva.

Capítulo 4

Problemas en El Camino

“Y entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios. Pero endureciéndose algunos y no creyendo, maldiciendo el Camino delante de la multitud, se apartó Pablo de ellos y separó a los discípulos, discutiendo cada día en la escuela de uno llamado Tiranno” (Hechos 19:8-9).

A pesar de las bendiciones del “Camino”, las cuales se mencionan claramente en las sagradas Escrituras, “el Camino” no está exento de dificultades. Por lo tanto, en esta lección final, discutiremos los problemas que podemos anticipar al seguir “*el Camino*.”

Hablando mal del camino

Cuando Pablo estaba en Éfeso, primero predicó el evangelio en la sinagoga (Hechos 19:8). Sin embargo, cuando comenzó a enfrentar la dura oposición y algunos comenzaron a maldecir “*el Camino*”, él se

apartó para enseñar en un lugar diferente: la escuela de Tiranno (Hechos 19:9). Este no fue un movimiento de cobardía. Después de todo, Pablo había proclamado audazmente el evangelio frente a la persecución antes de este punto (Hechos 13:50; 14:19; 16:19-24; 17:13; 18:6). Con este movimiento táctico, Pablo procuraba estar en la mejor posición para difundir el evangelio. Esto resultó ser un acierto, ya que enseñó en la escuela de Tiranno “*durante dos años*” con el resultado de que “*todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús*” (Hechos 19:10).

Cuando Pablo llegó a Roma, “*convocó a los principales de los judíos*” para explicarles por qué él estaba allí como prisionero (Hechos 28:17-20). Sabían sobre “el Camino” una “*secta*” de la cual “*en todas partes se habla contra ella*”, pero quería saber más al respecto (Hechos 28:22). A pesar de la reputación negativa de los discípulos, y el rechazo general del evangelio cuando Pablo lo predicó (Hechos 28:24-29), el evangelio pudo llegar a muchos en Roma. Entre los judíos, Lucas registró que “*algunos asentían a lo que se decía*” (Hechos 28:24). Además de todo esto, Pablo “*permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento*” (Hechos 28:30-31). Si “*todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús*” debido a que Pablo predicó durante dos años en Éfeso, solo podemos imaginar el impacto que tendrían dos años de predicación en la capital del imperio romano.

Estos dos ejemplos de predicación en Éfeso y Roma demuestran que el evangelio puede difundirse incluso cuando otros blasfemen de él.

Sin embargo, a pesar de la capacidad del evangelio para propagarse incluso frente a la oposición, aquellos que están en contra de la verdad harán todo lo posible para evitar que se propague. A menudo, esto significa que recurrirán a tácticas carnales al carecer de argumentos razonables. El Nuevo Testamento nos da algunos ejemplos de cómo sucede esto:

- **Nos calumniarán como si fuésemos malhechores:** Pedro escribió: *“manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras”* (1 Pedro 2:12). De esta manera llegó a Roma la calumnia contra los discípulos del Señor (Hechos 28:22).
- **Nos representarán mal:** Esto puede hacerse en contra de nosotros como individuos. Pablo dijo que algunos le calumniaban declarando que él enseñaba: *“Hagamos males para que vengan bienes”* (Romanos 3:8). Esto también se puede hacer contra nosotros como grupo, como lo hicieron los judíos cuando se refirieron al “Camino” como una “herejía” (Hechos 24:14).
- **Dirán que estamos locos:** Esto fue lo que hizo Festo cuando Pablo exponía su defensa ante el rey Agripa: *“Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco”* (Hechos 26:24). Este tipo de acusación es un intento de desacreditar a aquel que se está esforzando por enseñar la verdad.

Los oponentes de la verdad deben recurrir a tácticas carnales como estas, porque la verdad destruye los argumentos del error. Pablo escribió: *“derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”* (2 Corintios 10:5). Si queremos ser de “el

Camino”, debemos estar preparados para que la gente hable mal de nosotros, y de lo que creemos, enseñamos y practicamos. También debemos estar dispuestos y ser capaces de responder usando “*la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios*” (Efesios 6:17).

Disturbios acerca del Camino

“*Hubo por aquel tiempo un disturbio no pequeño acerca del Camino*” (Hechos 19:23). Sin embargo, Pablo no fue el que causó el disturbio; el alboroto fue encabezado por Demetrio el platero, quien estaba molesto porque su negocio de fabricación de ídolos estaba amenazado por el mensaje de Pablo “*no son dioses los que se hacen con las manos*” (Hechos 19:24-32).

Cuando esto sucede y surgen disturbios “*acerca del Camino*” (Hechos 19:23), no deben ser los discípulos los que instiguen la perturbación. Debemos esforzarnos por “*estad en paz con todos los hombres*” (Romanos 12:18). Pablo dijo a los hermanos de Tesalónica: “*y que procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado*” (1 Tesalonicenses 4:11).

En Tesalónica, antes de escribir la carta, animando a los hermanos a *procurar una vida de tranquilidad* (1 Tesalonicenses 4:11), Pablo y Silas fueron acusados de pertenecer a los “*que trastornan el mundo entero*” (Hechos 17:6). Esta percepción no era exacta, ni justa. En el principio, Dios creó un mundo que era “*bueno en gran manera*” (Génesis 1:31). Sin embargo, no mucho tiempo después, el pecado fue introducido en el mundo y *trastornó el mundo entero*. Pablo escribió: “*Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron*” (Romanos 5:12).

El paraíso perfecto que Dios creó fue arruinado por el pecado. Sin embargo, *“el Camino”* nos fue dado con el fin de arreglar esto. Pablo también dijo a los santos en Roma: *“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”* (Romanos 6:23). La manera de escapar del castigo por el pecado es a través de Cristo, *“EL CAMINO”* (Juan 14:6). Siguiendo su palabra, obedeciendo *“Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia”* (Romanos 6:17-18).

“Si es posible, en cuanto de vosotros dependa, estad en paz con todos los hombres” (Romanos 12:18, LBLA). Desafortunadamente, a veces esto no es posible sin comprometer la verdad. En semejante caso, debemos seguir *“el Camino”*, el *“angosto camino”* (Mateo 7:13-14), *“el camino de la verdad”* (2 Pedro 2:2), *“el camino de la justicia”* (2 Pedro 2:21), independientemente de las perturbaciones de otros. Debemos valorar la paz con Dios más que la paz con los hombres. Los líderes judíos no procuraban la paz cuando Jesucristo les predicaba. Debido a esto, a pesar de que *“muchos creyeron en él... no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios”* (Juan 12:42-43). En lugar de tener esta actitud, debemos tener la mentalidad de Pablo: *“Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo”* (Gálatas 1:10). Comprendió la necesidad de agradar al Señor antes que a los hombres. Nosotros debemos hacer lo mismo.

Persecución del Camino

Antes de que Pablo obedeciera el evangelio y comenzara su obra como apóstol, era conocido como Saulo, y como un perseguidor de la iglesia: *“Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén”* (Hechos 9:1-2).

Esta persecución comenzó con la muerte de Esteban (Hechos 8:1-3), lo que mostró la gravedad de esta persecución. Esto era mucho más que fanáticos *“maldiciendo el Camino”* (Hechos 19:9), esta era una amenaza de muerte contra los discípulos del Señor. Como resultado, los discípulos fueron *“esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria”* (Hechos 8:1). Sin embargo, no se quedaron callados. Lucas escribió: *“Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio”* (Hechos 8:4).

Jesús dijo que sus seguidores deben estar dispuestos a sufrir persecución por su causa. En el Sermón del Monte, él dijo: *“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo”* (Mateo 5:10-11). En otra declaró: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará”* (Lucas 9:23-24). Recordemos que la “cruz” fue el medio por el cual Jesús fue condenado a muerte; sin embargo, incluso antes de su muerte, esto fue generalmente entendido como un método de ejecución por los romanos. La enseñanza de Jesús es clara: debemos estar dispuestos a entregar nuestras vidas por él.

Cuando nos convertimos en discípulos, estamos presentando nuestro cuerpo *“en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios”* (Romanos 12:1). A los cristianos de Esmirna se les dijo: *“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”* (Apocalipsis 2:10). Del mismo modo, debemos ser *fieles aunque nos cueste la vida*.

La persecución en alguna forma es una certeza para todos los transeúntes del *“Camino”*. Pablo le dijo a Timoteo: *“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”* (2 Timoteo 3:12). Aunque los métodos y la severidad de la persecución fluctúan, siempre serán una realidad. La razón de esto es que los discípulos de Jesucristo no son de este mundo. Jesús enseñó:

“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra” (Juan 15:18-20).

Los enemigos de Jesús lo persiguieron y lo mataron. Si fueron capaces de hacer eso, no debería parecernos extraño que el mundo también nos tratara con dureza. Pedro escribió: *“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese”* (1 Pedro 4:12). Luego, continuó

explicando: *“pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello”* (1 Pedro 4:16).

Sin embargo, es importante tener en cuenta que esto no era solo algo que solo opinaba Pedro. De esta misma forma él reaccionó cuando se enfrentó a la persecución a manos de los líderes judíos, los mismos que orquestaron la crucifixión de Jesús: *“Y convinieron con él; y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los pusieron en libertad. Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre”* (Hechos 5:40-41).

Aunque no sea fácil regocijarse cuando somos perseguidos por nuestra fe, podemos hacerlo si recordamos la promesa de Jesucristo: *“Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”* (Mateo 5:12).

Conclusión

Antes de tomar la decisión de seguir a Cristo, debemos *calcular el costo*. Jesús dijo: *“Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?”* (Lucas 14:27-28).

¿Habrá dificultades, e incluso, persecución? Sí.

¿Vale la pena? ¡Absolutamente!

Después de que pertenezcamos a “*el Camino*”, nunca debemos olvidar el compromiso que hemos asumido. Enfrentaremos dificultades, pero podemos – y debemos – soportarlas. Si lo hacemos, habrá una gran recompensa.

¿Pertenece al Camino?

Esta serie ha tratado sobre “*el Camino*”. El objetivo de este estudio no era solo aprender lo que la Biblia dice al respecto. El propósito ha sido que usted, estimado lector, tome una decisión.

La pregunta vital que debe responderse es la siguiente:
¿Pertenezco al Camino?

Si no pertenece al Camino, por favor comprenda que Jesús es “*EL CAMINO*” (Juan 14:6), el único camino, a la salvación. Pedro dijo: “*Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos*” (Hechos 4:12). Usted puede convertirse en uno que pertenece al “*Camino*” tal como lo hicieron los del primer siglo: al oír el evangelio (Lucas 8:8), creer que Jesús es el Cristo (Juan 8:24), arrepentirse de sus pecados (Lucas 13:3, 5), confesar su fe (Romanos 10:9-10) y ser bautizado en Cristo (Marcos 16:16; 1 Pedro 3:21). Este es “*el camino que lleva a la vida*” (Mateo 7:14) que ha sido esbozado en las sagradas Escrituras. Si quiere convertirse en un seguidor de Jesús, simplemente necesita hacer lo que la gente en el primer siglo hizo para convertirse en sus discípulos.

Si pertenece al Camino, asegúrese de perseverar en él. No *retroceda para perdición* (Hebreos 10:39); más bien, ser sea “*fiel hasta la muerte*” (Apocalipsis 2:10). Al igual que Pablo, debe proseguir “*a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús*” (Filipenses 3:14).

Jesús es “*EL CAMINO*” (Juan 14:6). Sus seguidores pertenecen a “*el Camino*” (Hechos 9:2). Si aún no es usted un transeúnte de este camino de la palabra de Cristo, ¡comience su caminata hoy! Si está recorriendo este camino, ¡nunca se rindas! Este camino conduce a la vida eterna. No querrá perderse esta recompensa.